

## ESCULTURA ZOOMORFA DE MONTE RRUBIO DE LA SERENA (BADAJOZ). UNA APROXIMACION A SU INTERPRETACION SOCIO-CULTURAL Y SIMBOLICA

POR

FRANCISCA HERNANDEZ HERNANDEZ (\*)

**RESUMEN** Presentamos el estudio de una nueva escultura de carnero en piedra, hallada en Monterrubio de la Serena (Badajoz). Si desde el punto de vista formal hay que relacionarla con la escultura Ibérica andaluza, su valoración simbólica nos lleva a compararla con otras representaciones plásticas encontradas en diversos contextos culturales. Estos se asocian, frecuentemente, a ritos funerarios y religiosos, pudiendo simbolizar el tránsito del ámbito de la muerte a la vida o escenas de sacrificios ofrecidos a la divinidad. Dichos ritos tienen su origen en el Mediterráneo Oriental y se extenderán a lo largo del I Milenio en la Península Ibérica.

**ABSTRACT** We present a study of a new stone sculpture of a ram, found in Monterrubio de la Serena (Badajoz). If from a formal point of view it must be related to Andalusian Iberian sculpture, its symbolic evaluation lead us to compare it with other plastic representations found in several cultural contexts. These are frequently associated with burial and religious rites, where they can symbolize the passage from death to life, or with some scenes of sacrifices offered to the deity. Such rites came from the Eastern Mediterranean and they spread out around the Iberian Peninsula during the first millennium B.C.

**Palabras clave** Representaciones. Carnero. Simbología. Primer milenio. Península Ibérica

**Key words** Ram representations. Symbols. First millenium. Iberian Peninsula.

### INTRODUCCION

Con estas líneas, pretendemos dar a conocer una nueva escultura zoomorfa en piedra procedente de Monterrubio de la Serena (Badajoz). Se trata de una figura de carnero que, por sus características técnicas y morfológicas, así como por su iconografía, puede ser asociada con la plástica zoomorfa Ibérica. Debido a su localización geográfica, este hallazgo puede considerarse el más septentrional

---

(\*) Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense.

dentro de dicho grupo temático, dado que los ejemplares conocidos hasta el momento no rebasan la cuenca del Guadalquivir (Chapa, 1986: Fig. 50).

En nuestro estudio sobre «La escultura zoomorfa de la Meseta» (Hernández, 1982), observábamos cómo las esculturas de «verracos» se extienden hasta la provincia de Cáceres, siendo Madrigalejos el punto más meridional. Su ausencia en la provincia de Badajoz donde, por otra parte, se han documentado esculturas de leones en Magacela y Mérida (Chapa, 1986: 110-117), evidencia, una vez más, las diversas influencias que confluyen en la región Extremeña a lo largo del primer milenio. Viene a corroborar este hecho el hallazgo de la escultura del león encontrada en Aldihuela (Cáceres) (Gonzalez Cordero et alii, 1988, 22; García-Hoz y Martínez, 1990: 12-13). Si bien su temática es propia del mundo Ibérico, por su concepción formal hay que relacionarlo con el mundo de los «verracos».

En las siguientes páginas vamos a describir la pieza de Monterrubio de la Serena y, a continuación, hemos creído oportuno ofrecer una visión de conjunto de las diversas manifestaciones plásticas en las que aparece dicho modelo iconográfico a fin de conocer su posible significación social y cultural.

## 1. LOCALIZACION GEOGRAFICA

En primer lugar, hemos de destacar que desconocemos los datos exactos sobre el origen y descubrimiento de esta pieza. El hecho de que actualmente se encuentre en el municipio de Monterrubio de la Serena (Badajoz), hace pensar que su procedencia puede situarse en el entorno del mismo. Dentro de este término municipal y, a unos 30 km. al norte, se halla la dehesa «El Carneril» que limita por su parte septentrional con la cuenca del Zújar (Fig. 1). En esta zona existió un vado, hoy cubierto por el pantano del mismo nombre, muy utilizado desde antiguo como paso de ganado transhumante y como importante vía de comunicación entre Extremadura y Andalucía. Como puntos importantes de este antiguo camino, podemos citar Medellín y Cancho Roano quienes han proporcionado una serie de elementos orientalizantes que documentan la existencia de esta vía de comunicación entre Extremadura y la provincia de Córdoba (Hoja nº 780. I.G.N.). Toda esta zona forma parte de la Penillanura Extremeña. Es una región de tradición ganadera con abundantes dehesas de monte, matorral y pastizales. Dentro de la cabaña ganadera, la oveja ha debido jugar un papel importante puesto que los datos actuales dan una representación muy alta de esta especie, con una producción que llega a alcanzar hasta el 95,3 % (Campos, 1984: 71).

## 2. DESCRIPCION DE LA PIEZA

Se trata de una escultura exenta que representa a un carnero en posición estática mirando al frente. Su modelado es muy esquemático y poco cuidado, resaltando sus rasgos más representativos. Su cabeza aparece separada del cuerpo por un estrecho cuello. La parte derecha está bien conservada, apreciándose en ella el ojo formado por un pequeño círculo inciso. La oreja, de forma casi circular y con un pequeño orificio central, se encuentra muy resaltada. El cuerno, enroscado hacia atrás, forma un amplio círculo. Su lado izquierdo aparece muy fragmentado, por lo que apenas se observa ningún rasgo específico. La boca, posiblemente, estuviera señalada por una pequeña incisión sin que podamos precisar más datos sobre su parte frontal. Aparecen resaltados los cuartos traseros y delanteros, muy trabajados sobre el bloque de piedra. Los miembros se muestran doblados hacia atrás y adelante, respectivamente, adoptando una postura de reposo sobre sus extremidades. La parte inferior de esta pieza es plana, por lo que nos hace pensar que pudo estar colocada sobre algún tipo de soporte (Fig. 2 y Lám. 1).

Comparándola con otras esculturas de las mismas características, creemos que pudo formar parte de un pequeño monumento constituido por un pilar rematado por dicha escultura. El hecho

de no habérsenos permitido acceder directamente a la pieza, nos impide ofrecer más detalles de los que pueden observarse en la fotografía, que tan amablemente nos han proporcionado.

### 3. ESTUDIO COMPARATIVO CON OTRAS MANIFESTACIONES PLASTICAS

Dado que contamos con diversas representaciones de carnero en arcilla, bronce y piedra, creemos conveniente incluirlas dentro de un mismo marco comparativo que nos haga conocer el contexto cultural en que aparecen, a fin de obtener una mayor información sobre su significado dentro del ámbito Peninsular.

#### 3.1. Representaciones en arcilla

Se incluyen en este apartado una serie de piezas que, genéricamente, podemos definir como de uso doméstico, independientemente del valor simbólico que puedan tener. Se trata de morillos, tapaderas y algún recipiente cerámico hallados en diversos yacimientos peninsulares, cuyo mayor

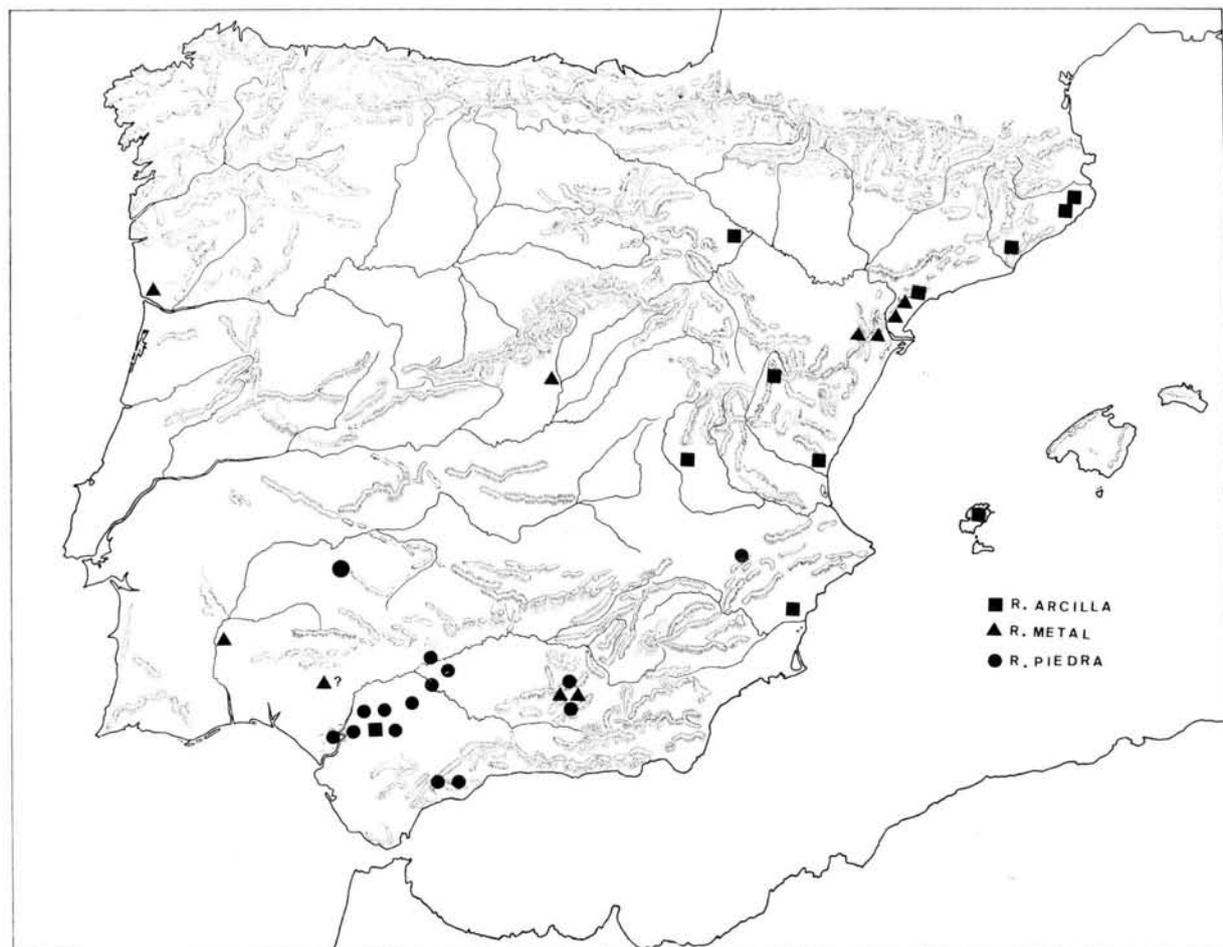


FIG. 1.—Distribución espacial de la iconografía del carnero.

interés es que aportan una serie de datos sobre su contexto. En el yacimiento de Peña Negra (Crevillente, Alicante), apareció una pequeña cabeza de carnero en el nivel IIa del corte D. Su excavador (González, 1983: 76) interpreta este apéndice bien como perteneciente a un morillo o a un vaso decorado basándose, sobre todo, en la bicromía rojo-amarillo que presenta el rostro de la figura, muy semejante al de algunas cazuelas halladas en este mismo yacimiento.

En la región catalana son frecuentes este tipo de hallazgos, entre los que se encuentran los morillos de la Illa d'en Reixach (Ullastret) (Pujol, 1989: Lám. 84), y el de Puig de Saint Andreu (Ullastret) (Pujol, 1989: 273., Fig. 117). El primero de ellos, aparece asociado a un hogar del estrato IIb (Pujol, 1989: 268). A éstos, habría que añadir las tres tapaderas a mano con asas en forma de doble cabeza de carnero, halladas en el Castellet de Bañolas de Tivisa (Tarragona) (Vilaseca et alii, 1949: Lám. XI).

El hallazgo de diversos morillos en el yacimiento de Cortes de Navarra, uno de ellos rematado en cabeza de carnero, llevó a Maluquer de Motes a elaborar un estudio detallado sobre su evolución, significado y posibles relaciones con otros elementos extrapeninsulares (Maluquer de Motes, 1963: Fig. 2). El mismo tema iconográfico aparece representado en un morillo y un asa de tapadera del yacimiento de Reillo II (Cuenca), lugar considerado como santuario, donde se realizarían una serie de cultos. Así, el carnero estaría relacionado con cultos ganaderos, mientras que la serpiente, que aparece asociada al motivo anterior, se interpreta como un principio protector del hogar (Maderuelo y Pastor, 1981: 172). Sin embargo, este nivel presenta serias dificultades de interpretación (Maderuelo y Pastor, 1981: 165).

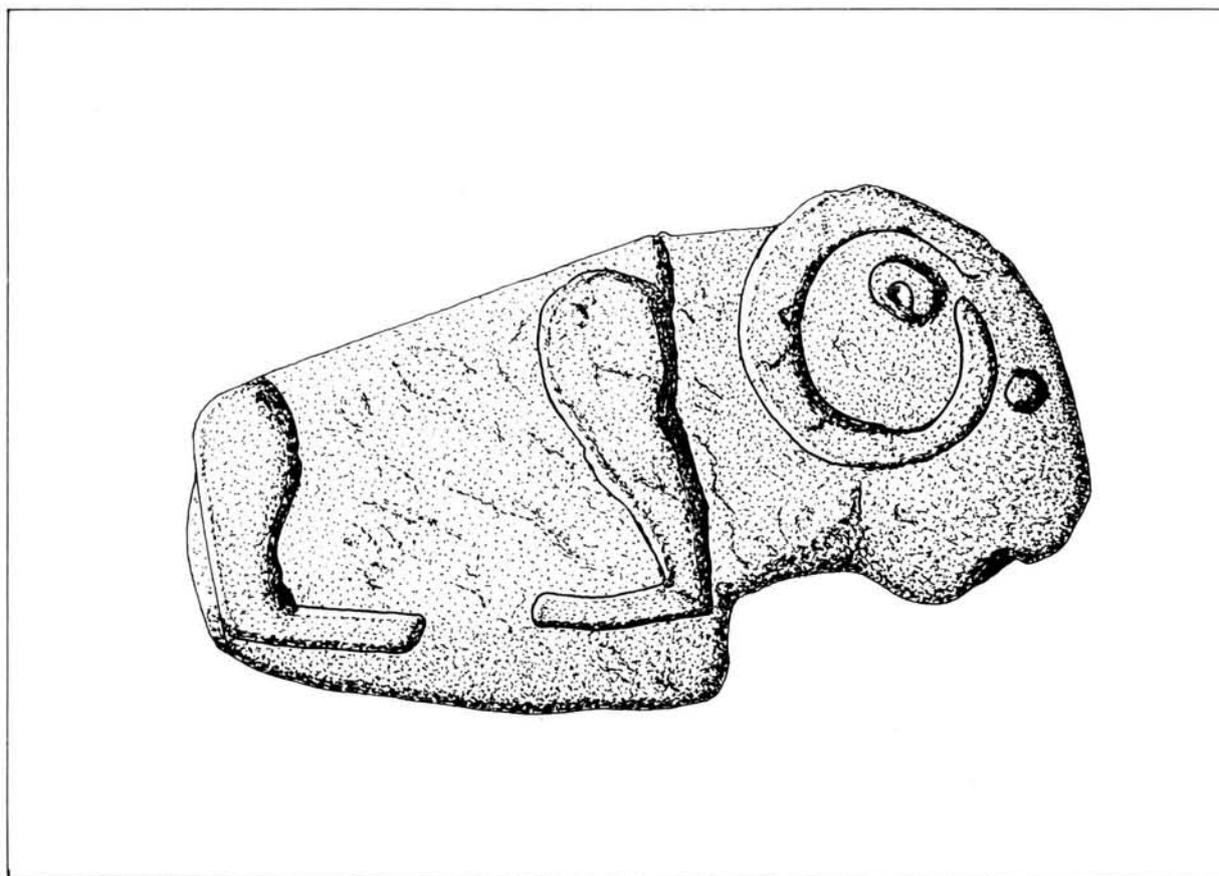


FIG. 2.—Reproducción gráfica del carnero de Monterrubio de la Serena.

Otro de los hallazgos procede de Montemolín (Marchena, Sevilla). Consiste en una cabeza de carnero que corresponde, posiblemente, al extremo de un morillo. Apareció en el estrato III, nivel II (Chaves y de la Bandera, 1984: Fig. 5, 20). Pieza interesante, aunque desconocemos datos sobre su contexto, es el asa criomorfa de una jarra de Molinos (Museo Provincial de Teruel) (Fatás et alii, 1989: 125). Se trata de un apéndice en forma de cabeza de carnero cuyo rasgo más característico es la representación de los cuernos. Este ejemplar se asemeja bastante al vaso zoomorfo de la necrópolis de Puig des Molins (Ibiza) (Bendala, 1987: 167) y a las dos cabezas de carnero que se encuentran en el Museo Arqueológico de Barcelona y en el Museo Municipal de Valencia (Almagro, 1980: 295) (Fig. 1). La mayoría de estas piezas proceden de poblados, a excepción de las de Reillo II, cuyo carácter de santuario no está bien documentado. Sin embargo, se han dado diversas interpretaciones para los morillos zoomorfos, considerados por algunos autores como piezas rituales relacionadas con cultos vinculados al animal representado.

El hecho de que el morillo de Reillo presente en su lado izquierdo señales de haber estado expuesto al fuego y que el ejemplar de Reixach aparezca asociado a un hogar, documentan su función doméstica, independientemente de que se les pueda atribuir también algún valor simbólico, hecho que explicaría la existencia de diferentes temas iconográficos. En este sentido, estamos de acuerdo con Maluquer cuando afirma que la evolución y transformación del morillo se debe más a determinados cambios en la estructura del hogar, que al propio uso funcional o votivo de los mismos. Así, del hogar central se pasa al hogar adosado a una de las paredes y, como consecuencia, el morillo adopta una forma asimétrica, terminando uno de los extremos en un prótomo zoomorfo (Maluquer de Motes, 1965: 32), cambio que tiene lugar entre los siglos VII y VI a. de C.

Algunas de estas piezas ofrecen una importante información sobre su contexto cultural. Así, la cabecita de Peña Negra se halló dentro de un horizonte del Bronce Final IIIA, datado entre la segunda mitad del siglo VIII y primer cuarto del siglo VII a. de C. (González, 1983: 120). Este es definido por su autor como «una mixtificación de ambientes tartésicos e indoeuropeos, se traduce en un fértil cultivo sobre el que incidirán las nuevas corrientes e influencias de tipo oriental que van a marcar y caracterizar el desarrollo de la fase orientalizante de Peña Negra II» (González, 1983: 271).

La pieza de Montemolín (Marchena, Sevilla) se encontró en el estrato III, fase 2, en un horizonte en contacto con el mundo de las colonizaciones, cuya cronología abarca desde mediados del siglo VII al VI s. de C. (Chaves y de la Bandera, 1984: 155). Una de las dataciones más recientes presenta la pieza de Illa d'en Reixach entre el 475-400 a. de C. (Pujol, 1989: 268). Estas altas cronologías no nos permiten relacionar, al menos temporalmente, dichas piezas con las halladas en la otra parte de los Pirineos donde los morillos zoomorfos alcanzan cronologías más recientes que las expuestas anteriormente. Su desarrollo hay que encuadrarlo desde mediados del siglo III a. de C. hasta época imperial romana (Maluquer de Motes, 1985: 31). Dataciones semejantes ofrecen algunas piezas cerámicas centroeuropeas, como los vasos con asas rematadas en cabezas de carnero de la tumba 40 de Kosad (Hungría) del siglo III a. de C. (I Celti, 1991: 313), o las copias del alero de terracota del lecho del río Erdre en Nantes, del siglo I a. de C. (I Celti, 1991: 420).

### 3.2. Representaciones en bronce

Incluimos en este grupo una serie de objetos realizados en bronce en los que aparece, nuevamente, dicho motivo iconográfico. Puede tratarse de la figura entera del carnero o de un elemento decorativo de algunos objetos, ya sean éstos considerados aisladamente o formando parte de escenas o composiciones.

Entre las piezas exentas, se encuentra un pequeño colgante de la necrópolis de Can Canys (Banyeres, Tarragona) (Vilaseca, 1963: Fig. 4). El cuerpo del animal es alargado y de forma casi cilíndrica, destacando como rasgo más distintivo los cuernos. Piezas semejantes son los carneritos que adornaban cinturones o collares femeninos hallados en la necrópolis de Mianes (Santa Bárbara, Tarragona) en las tumbas 17, 34 y 40 (Maluquer de Motes, 1987: Fig. 11), el amuleto de bronce del

vacimiento de Les Umbrías (Maluquer de Motes, 1987: 149) y el de Torre Monfort (Benasal) (Maluquer de Motes, 1987: 150). De ejecución bastante esquemática es el pequeño exvoto de carnero procedente de Collado de los Jardines (Jaén) (Prados, 1988: 88).

De un contexto ritual y funerario, proceden las cabezas de carnero que rematan las asas de un recipiente de bronce hallado en la Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona, Sevilla) (Cuadrado, 1966: Lám. II, 2). Igualmente, formarían parte de otras piezas las cabecitas en bronce de la colección Júdice (Júdice, 1983: Fig. 1) y Morán (Maluquer de Motes, 1958: Lám. XVIII). El primero guarda grandes semejanzas con algunos «rhyta» griegos (Jacobstaal, 1962: Fig. 221), considerándose obra de un artista clásico de la segunda mitad del siglo VI a. de C. Aunque no se conoce el lugar exacto de esta cabeza, se cree que procede del sur de la Península Ibérica. Menor valor artístico posee la cabeza de carnero del rhyton de Azougada, obra claramente indígena (Júdice, 1983: Fig. 15).

Al igual que en la estatuaria en piedra, existen escenas de sacrificios, como la que representa el mango de un asador de bronce procedente de Jaén, cuyo personaje está sacrificando un cordero (Almagro, 1988: 51), o la de los exvotos de Castelo de Moreira (Portugal) e Instituto de Valencia de Don Juan (Blázquez, 1975: 63), así como una de las composiciones de la crátera de Tivisa (Blázquez, 1983: Fig. 114). Completaría este apartado el colgante-estuche, hallado en una necrópolis de Cádiz que representa al dios Amón-Ra (Perea, 1989: 66) (Fig. 1).

Este escaso número de piezas hay que relacionarlo con una serie de prácticas rituales, tal como se deduce de los ambientes funerario o religiosos de donde proceden, bien como elemento de adorno o como exvoto. En ellas se observa una cierta evolución artística, desde piezas de buena calidad como los ejemplares de Cañada de Ruiz Sánchez fechados entre los siglos VII-VI a. de C. (Cuadrado, 1966: 12), y el de la colección Júdice. Posiblemente, también debemos considerar de influencia griega el asador ritual de Jaén, del segundo cuarto del siglo V a. de C. (Almagro, 1988: 51), momento en el que, según Maluquer, hay que colocar los colgantes procedentes de la necrópolis de Mianes (Santa Bárbara, Tarragona) (Maluquer de Motes, 1987: 167).

Nos encontraríamos en los momentos iniciales de la formación de la cultura ibérica en esta zona. El momento final de este tipo de representaciones indígenas habría que situarlo a partir de los siglos IV-III a. de C., fecha dada para algunos exvotos como el de Collado de los Jardines (Iberos, 1983: 97), o los del Instituto de Valencia de Don Juan y Castelo do Moreira. En esta evolución artística podemos observar cómo estos elementos foráneos fenicio-púnicos y griegos van integrándose gradualmente en los contextos indígenas, cuya expresión plástica nos aproxima a un mejor conocimiento de las creencias y rituales de la población peninsular en los momentos inmediatos a la romanización.

### 3.3. Representaciones en piedra

Las referencias más cercanas a la pieza objeto de nuestro estudio, son las esculturas andaluzas en piedra, tema que ha sido desarrollado por Teresa Chapa (1980) y, posteriormente, revisado por ella misma (Chapa, 1986). Efectivamente, dentro de este marco geográfico es donde vamos a encontrar una serie de manifestaciones plásticas con dicho tema iconográfico. Este se nos muestra con diferencias morfológicas apreciables, tales como esculturas exentas con la figura del animal entero y prótomos. A veces, la misma temática aparece formando escenas o composiciones exentas o en bajorrelieves.

El ejemplar de Monterrubio guarda grandes semejanzas con los de Córdoba y Teba (Málaga). En ellos, se observa la figura entera y en posición estática y en reposo, empleando siempre los mismos convencionalismos, incluso al resaltar las extremidades. Mayor cuidado se observa al diseñar los rasgos de la cabeza, especialmente, los cuernos, como medio de destacar la diferenciación sexual de esta especie. Esta intencionalidad puede interpretarse en los prótomos de El Coronil y Osuna en Sevilla, así como en el de Las Quinientas, en Jerez de la Frontera (Cádiz).

En las escenas de sacrificio, el carnero aparece siempre como víctima de un animal —generalmente un carnívoro—, o del hombre. Una de las composiciones más frecuentes es la del león

devorando al carnero, como el de Utrera (Sevilla), Cerro de Alcalá (Jaén) y Bornos (Cádiz). Conjuntos singulares son los de jabalí-carnero, como el de Cartima (Málaga) y el de la loba-carnero de Baena (Córdoba).

No faltan las composiciones cuyo protagonista principal es el hombre. En el relieve de Estepa (Sevilla), se aprecia la escena de sacrificio en la que un hombre sujeta por los cuernos al animal, mientras otro tiene el brazo derecho levantado en actitud de matarlo. Menor fuerza expresiva, posiblemente debido a su mal estado de conservación, es la que ofrece la pequeña escultura de La Guardia (Jaén), en la que se observa un brazo humano sujetando al animal por los cuernos.

Podemos incluir en este apartado dos esculturas de pequeño tamaño, consideradas como exvotos. Una de ellas, procede del Cerro de los Santos. Se trata de una figura de carnero muy mutilada, en la que se representa los vellones de lana por medio de circulitos que dan apariencia granulosa a la superficie del cuerpo (Jiménez Navarro, 1943: Fig. II). La otra es el pequeño carnero procedente de Osuna (García y Bellido, 1943: Fig. 71). La cronología de estas piezas se sitúa entre el siglo III y I a. de C. (Chapa, 1986: 177) (Fig. 1).

De todo ello, pueden extraerse varias conclusiones. Desde el punto de vista iconográfico, el número de estas representaciones es bastante inferior al que ofrecen otros grupos dentro del mundo Ibérico, como caballos, toros, etc. También su distribución espacial es mucho más restringida, reduciéndose a la zona andaluza, a excepción del ejemplar de Monterrubio y del exvoto del Cerro de los Santos. Sin embargo, este exiguo número de piezas queda contrarrestado con la variedad de formas y matices expresadas en el diseño de cada una de ellas, que nos ayudan a realizar una mejor valoración e interpretación de las mismas.

Gran parte de estas esculturas son hallazgos aislados. Sin restar importancia al valor artístico y simbólico que «per se» tienen, algunos estudios han aportado bastante luz sobre la función de dichas piezas dentro de un contexto determinado (Almagro, 1983). Hoy, sabemos que todas estas esculturas formaban parte de monumentos funerarios de mayor o menor categoría: monumentos turriformes, pilares-estelas, etc. Y, por tanto, son portadores de un simbolismo especial dentro del conjunto. Por otra parte, no se duda del gran valor económico que esta especie tuvo dentro de los modos de producción de la época, proporcionando leche, carne y lana. Además, el carnero es símbolo de fecundidad y procreación, concepto que contrasta con su relación con el mundo de la muerte. Todas estas figuras, siempre representadas de forma estática, víctimas de otros animales o personas humanas, formarían parte de un ritual o culto sacrificial en el que se sincretizarían conceptos antagónicos de muerte y vida a través de su poder fecundador.

En el caso del ejemplar de Monterrubio, aún carecemos de datos que confirmen su relación con contextos funerarios, dado que, hasta el momento presente, no se han documentado en la región Extremeña ninguna necrópolis con este tipo de estructuras. Por ello, apuntamos la posibilidad de que pudiera tratarse de un hito de carácter apotropaico situado estratégicamente en un paso o zona de ganados, con el fin de protegerlos. En este sentido, nos parece importante conocer el lugar exacto de su procedencia. Nosotros apuntábamos más arriba que pudiera situarse en la finca que aún en día, conserva el topónimo de «El Carneril».

#### 4. SIGNIFICACION SOCIO-CULTURAL Y SIMBOLICA

Al intentar elaborar una síntesis y revisión de las diversas manifestaciones plásticas de este tema iconográfico, cuyo protagonista principal es el carnero, nos llama poderosamente la atención el reducido número de piezas que hemos encontrado y que, a nuestro parecer, contrasta con la importancia que esta especie tuvo entre las poblaciones peninsulares. Este estaba considerado como recurso básico de su alimentación, al aportar abundante cantidad de leche, carne y lana.

Su carácter doméstico y cercano pudo influir en favor de otras reproducciones similares de toros o caballos. Cabe pensar, sin embargo, que éstas gozasen de más valor simbólico y, por ello, tuviesen mayor arraigo en la población. Los restos faunísticos encontrados en las excavaciones

arqueológicas documentan, con bastante frecuencia, el uso doméstico de esta especie. Ello nos lleva a pensar en las diversas interpretaciones posibles a partir de un elemento material determinado. Por otra parte, los hallazgos estudiados muestran una amplia dispersión en las zonas mediterránea y andaluza, con alguna penetración en puntos del interior de la Península Ibérica.

El estudio de estas piezas nos lleva a valorar, una vez más, las consecuencias que el impacto colonial tuvo en la Península Ibérica tanto en la vida material como espiritual de la sociedad. Esta fue integrando y asimilando dichas aportaciones dentro de un proceso gradual que perdurará hasta la romanización. En cuanto al ámbito espiritual, estos estímulos incorporarían nuevas ideas y creencias de difícil interpretación. Fruto de este impacto colonial hay que considerar las piezas más antiguas de Peña Negra y Montemolín, así como los apéndices de carnero del recipiente ritual de la Cañada de Ruiz Sánchez en Carmona y la placa A-26 del túmulo J de Acebuchal, decorada con una figura de carnero (Aubet, 1980: Fig. 12), motivo poco frecuente en los marfiles andaluces.

Para Aubet, el carnero de Acebuchal constituye la adaptación occidental de un tema oriental fenicio, donde suele representarse en forma de animal fantástico «esfinge-carnero», portando la doble corona egipcia. Igualmente, afirma que se desconoce con exactitud el significado simbólico de este animal que, posiblemente, representa en Oriente a Baal Hammón o al emblema solar, oriundo de la iconografía egipcia (Aubet, 1980: 66). La presencia en la paleta de Acebuchal del carnero desprovisto de sus atributos religiosos y reales lo interpreta como un simple elemento decorativo. La presencia de estos atributos reales sólo aparece en el colgante de Cádiz, cuya tapadera en forma de cabeza de carnero representa al dios Amón-Ra (Perea, 1989: 66). Un eco de estas manifestaciones serían el vaso zoomorfo con cabeza de carnero de carácter votivo hallado en la necrópolis de Puig des Molins (Ibiza) (Bendala, 1987: 167), el apéndice de Teruel y las dos cabezas de carnero que pueden corresponder también a un típico recipiente ritual, y que se encuentran actualmente en el Museo Arqueológico de Barcelona y en el Museo Municipal de Valencia (Almagro, 1980: 295).

Para Bendala, estos recipientes de arte popular tienen un carácter simbólico más que formal y representan un arte púnico de gran eclecticismo, con aportaciones egipcias que van acercándose cada vez más a los modos y patrones griegos (Bendala, 1987: 156). Estas influencias del Mediterráneo Oriental y de Egipto son asumidas por las primeras manifestaciones del arte griego, donde ya está presente este tema iconográfico. Así podemos comprobarlo en la estatuilla de bronce que representa a un hombre portando un carnero sobre sus hombros (Boardman, 1991: Fig. 54), fechado a finales del siglo VII a. de C. Dicho tema se extenderá a gran parte de Europa como se documenta en los diversos objetos rituales hallados en tumbas o santuarios como el Rhyton de Kleinaspergle (I Celti, 1991: 178), o la crátera de Leontini (Júdice, 1983: Fig. 10). Estos modelos formales, posiblemente, tendrían diversas interpretaciones culturales.

Hemos de resaltar que, de algunas de estas piezas, conocemos su contexto, hecho que nos permite acercarnos al mundo de las creencias religiosas. Pensamos que es significativo y que posee una cierta intencionalidad el que se represente, en una gran mayoría de casos, solamente la cabeza con los cuernos bien realzados como muestra de su energía reproductora y símbolo de fecundidad.

En la Península Ibérica, la gran mayoría de estas representaciones aparecen en contextos funerarios. En consecuencia, dado el poder fecundante del carnero, éste podría simbolizar el tránsito del ámbito de la muerte a la vida. La misma fuerza procreadora puede deducirse de las escenas en las que el carnero aparece como víctima de fieras y de seres humanos. Según Olmos, en estas escenas se escondería un rito de raíz común «el de la ofrenda sangrante con la muerte fecundadora que vincula enérgicamente el “allí” y el “aquí” sobre el altar o la tumba» (Olmos, 1986: 17). En este sentido, el Antiguo y Nuevo Testamento nos ofrecen elementos muy elocuentes sobre la simbología del cordero aplicada a la figura del Mesías Jesús.

Los exvotos en piedra o bronce constituirían elementos externos de culto como expresión de sus creencias religiosas. Los textos son parcos en este tipo de manifestaciones. Apiano en su tratado «Sobre Iberia», al narrar la muerte de Viriato, dice que «lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor» (Apiano, VI, 75). Desconocemos si se trata de sacrificios humanos o de animales. La inscripción de Cabeço das Fraguas en Portugal, de la segunda mitad del

siglo II a. de C., menciona una «suovetaurilia» (sacrificio de toro, cerdo y cordero) a unas deidades indígenas (Blázquez, 1975: 144).

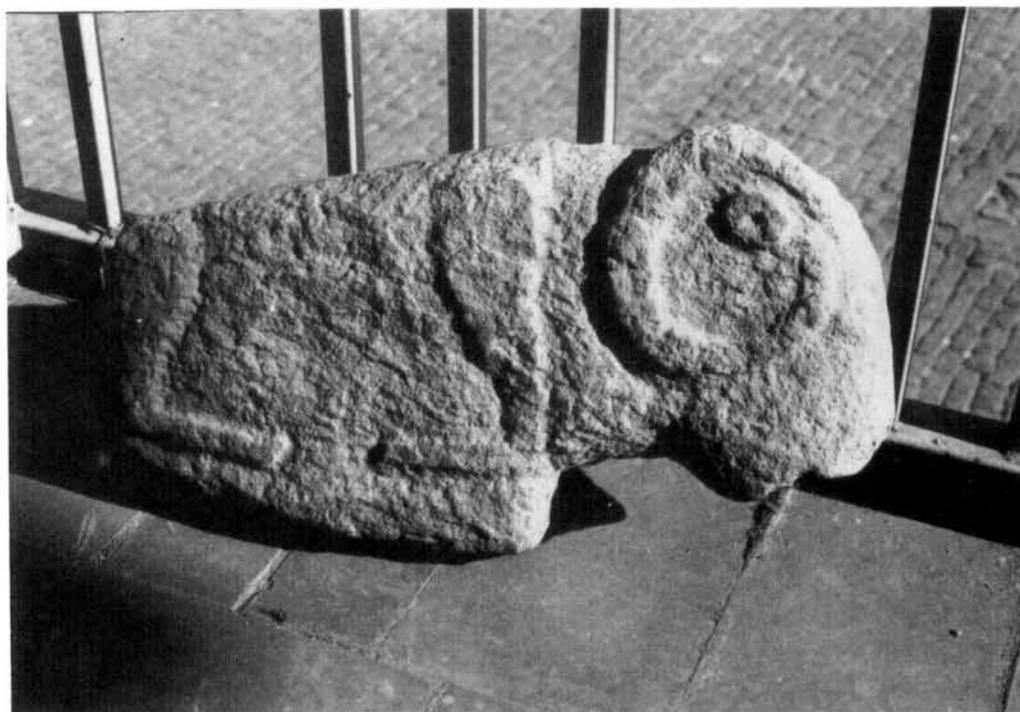
También hemos podido documentar restos de ovicápridos en algunas urnas de las necrópolis del poblado de Villasviejas (Botija, Cáceres). Hecho que confirma la presencia del carnero dentro del ámbito del ritual funerario. Por otra parte, a través de las escenas de sacrificio de algunos exvotos, podemos conocer en qué consistía el tipo de ritual. Este se realizaba con la presencia de personas humanas. Una de ellas actuaba como oficiante. Los animales eran sacrificados y el recipiente servía para recoger la sangre de las víctimas. Todo ello nos recuerda los sacrificios de la religión griega (Verneant, 1991: 49).

Todo lo expuesto anteriormente pretende ser un intento de aproximación a las diversas lecturas simbólicas subyacentes en un elemento cultural determinado. En nuestro caso, hemos tratado de contextualizar la figura del carnero dentro del mundo ideológico de la cultura indígena peninsular, a partir de las diversas influencias que ha ido recibiendo a lo largo de su historia. Estas tendrán un fuerte desarrollo, especialmente, durante el helenismo, momento al que pertenecen la mayoría de las esculturas en piedra que hemos estudiado y que se integraron, más profundamente, en los momentos finales de la cultura Ibérica.

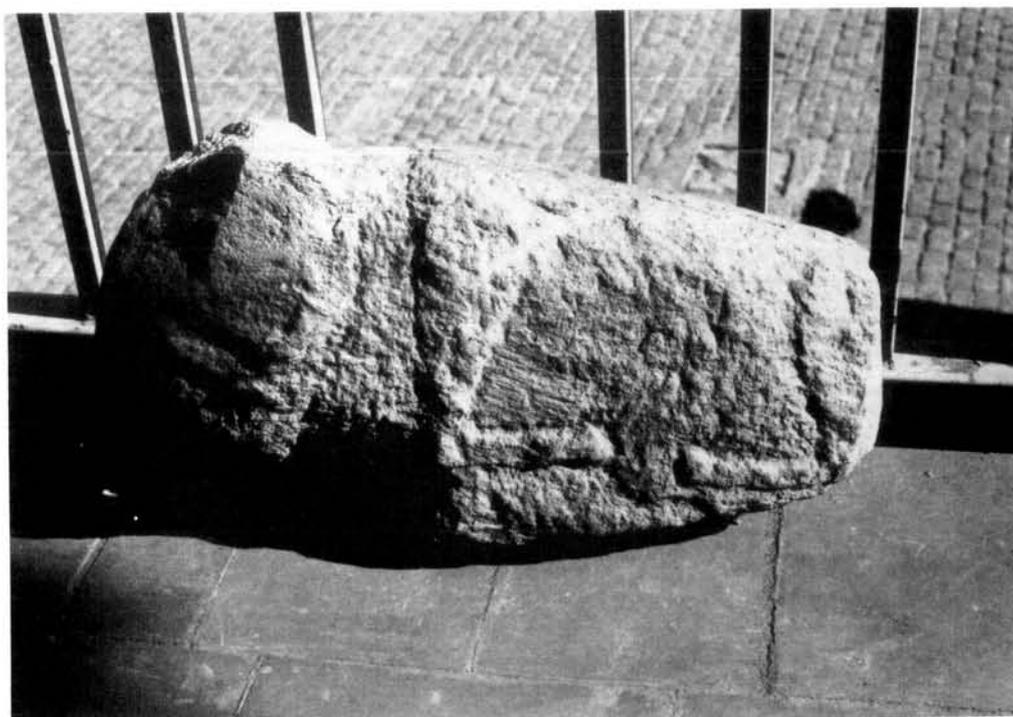
## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M.<sup>a</sup> J. (1980): *Corpus de Terracotas de Ibiza*. Biblioteca Praehistorica Hispana, XVIII, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1983): «El paisaje» de las necrópolis Ibéricas y su interpretación socio-cultural». *Rivista di Studi Liguri*, XLIV, 1-4 (1978): 199-218. Bordighera.
- (1988): «Origen y significado de la escultura Ibérica». En *Escultura Ibérica. Revista de Arqueología*: 48-67. Madrid.
- APIANO (1980): *Historia Romana*. I. Madrid.
- AUBET SEMMLER, M.<sup>a</sup> E. (1980): «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*. XLVI: 33-79. Valladolid.
- BENDALA GALÁN, M. (1987): «Los Cartagineses en España». *Historia General de España y América*. 1, 2: 115-168. Madrid.
- BLANCO FEJEIRO, A. (1988): «La escultura Ibérica. Una interpretación». *Escultura Ibérica. Revista de Arqueología*: 2-47. Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1975): *Diccionario de las Religiones Prerromanas de Hispania*. Madrid.
- (1983): *Primitivas Religiones Ibéricas*. II «Religiones Prerromanas». Madrid.
- BOARDMAN, J. (1991): *El Arte Griego*, Barcelona.
- CAMPOS PALACIO, P. (1984): *Economía y energía en la dehesa Extremeña*. Madrid.
- CATÁLOGO I CELTI (1991): *I Celti*. Milano.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1966): «Repertorio de los recipientes rituales metálicos con «asas de manos» de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, XXI: 5-76. Madrid.
- CHAVES TRISTÁN, F. y BANDERA ROMERO, M. L. de la (1984): «Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)». *Papers in Iberian Archeology*. BAR International. Series 193 (i): 141-186. Oxford.
- CHAPA BRUNET, T. (1980): *La escultura zoomorfa Ibérica en piedra*, Madrid, 2 vols.
- (1986): *Influjo griego en la escultura zoomorfa Ibérica*. Madrid.
- FATAS CABEZA, G. (1989): *Los celtas en el Valle Medio del Ebro*. Zaragoza.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1943): *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*. Madrid.
- GARCÍA-HOZ ROSALES, M. C. y MARTÍNEZ PEÑARROYA, J. (1990): «Nueva escultura zoomorfa de piedra». *Revista Arqueología*, 109: 12-13. Madrid.
- GONZÁLEZ CORDERO, A., ALVARO GONZALO, M. DE y BARROSO GUTIÉRREZ, F. (1988): «Esculturas zoomorfas de la provincia de Cáceres». *Anas*, I: 19-33. Mérida.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): «Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)». *Anejo I de la Revista Lucentum*. Universidad de Alicante.
- INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL (1973): Hoja nº 780. Puebla de Alcocer.
- JARCOBSTHALT, P. (1968): *Early Celtic Art*. Oxford.
- JIMÉNEZ NAVARRO, E. (1943): Figurillas animalísticas del Cerro de los Santos». *Ampurias*, V: 95-108. Barcelona.
- JÚDICE GAMITO, T., (1983): «A cabeça de carneiro da coleção de António Joaquim Júdice». *O Arqueólogo Português*. Serie IV, 1: 301-314. Lisboa.

- MADERUELO, M. y PASTOR, M.<sup>a</sup> J. (1981): «Excavaciones en Reillo (Cuenca)». *Noticiario Arqueológico Hispano*. 12: 161-185. Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Universidad de Salamanca.
- (1963): «Sobre el uso de morillos durante la Edad del Hierro en la Cuenca del Ebro». *Príncipe de Viana*, 24, 90-91: 29-44. Zaragoza.
- OLMOS ROMERA, R. (1986): «Anotaciones preliminares al libro de Teresa Chapa: Animalística Ibérica e Iconográfica». *Influjo griego en la escultura zoomorfa Ibérica*: 7-38. Madrid.
- PEREA CAVEDA, A. (1989): «Cádiz: orfebrería fenicia». *El oro en la España Prerromana. Revista Arqueología*: 58-67. Madrid.
- PRADOS TORREIRA, L. (1987): «Escultura Ibérica en bronce». *Escultura Ibérica. Revista de Arqueología*: 82-93. Madrid.
- PUJOL PUIGVEHI, A. (1989): *La población Prerromana del Extremo Nordeste Peninsular*. Barcelona.
- VERNEANT, J. P. (1991): *Mito y religión en la Grecia Antigua*. Barcelona.
- VILASECA ANGUERA, S., SERRA RAFOLS, J. DE C. y BRULL CEDO, L. (1949): «Excavaciones del Plan Nacional en el Castellet de Bañolas de Tivisa (Tarragona)». *Informes y Memorias*, 20. Madrid.
- (1963): «La necrópolis de Can Canys (Banyeres, prov. Tarragona)». *Trabajos de Prehistoria*, VIII: 5-92. Madrid.



1



2

1. Vista lateral derecha del carnero. 2. Vista lateral izquierda del carnero.

T. P., 1992, nº 49